“Lo más agradable…”

“Lo más agradable es lograr lo que uno ama”. Aristóteles: *Ética a Nicómaco*

“… lo único que te queda, lo único que en realidad te pertenece, es tu libertad de elección.” Leonardo Padura: *Herejes*

“… (la) tarea (de un ser humano) es vivir su propia vida y no una impuesta o proscrita desde fuera…” Joseph Brosky

Hace ya casi un siglo José Ortega y Gasset escribió un estudio sobre el tema universitario: “Misión de la universidad”. En él se formulaba interrogantes que mantienen hoy por hoy toda su vigencia. ¿Cuál es el sentido de las universidades? ¿De qué manera pueden cumplir el papel que se espera de ellas? Las respuestas que se dio Ortega fueron simples: comenzar por definir qué enseñar; entendiendo, desde luego, que no todo puede ser enseñado y que el tiempo de la enseñanza es limitado.

Cualquier respuesta sobre el sentido de la enseñanza universitaria debería partir de un principio central: toca al joven aprendiz entender lo que necesita o puede aprender, y a la Academia compete ayudarle a definir esa opción. Plantea Ortega la utilización por parte de las universidades de cierto principio que él llama “economía de la enseñanza”: hacer del estudiante –no del profesor ni de la sabiduría académica- el protagonista central de la vida universitaria. Irónicamente Ortega definió a la universidad española de su tiempo de “bosque tropical de enseñanzas”. Comentario que aludía a la incesante suma de informaciones impuestas a los estudiantes, muchas de ellas sin relación alguna con su vocación ni sus aptitudes. Crítica que, por cierto, podría formulársele hoy a la gran mayoría de las universidades del mundo entero.

Destaca Ortega el frecuente divorcio entre lo aprendido en la universidad, de manera abstracta y teórica, y la realidad que deberá enfrentar el estudiante. Se trataría, entonces, de enseñar para la vida, de enseñar a aprender de ella, de establecer cercanías necesarias entre el saber curricular y la íntima vocación del estudiante. El maestro debe enseñar a aprender; y el discípulo debe aprender sobre sí mismo; aprender respuestas o verdades, aprender a reconocer esa vocación que es la suya y afirmarse sobre ella.

Una vocación: esencial argumento de vida, respuesta que relaciona la propia libertad individual y el infinitamente impredecible afuera… Todos solemos nacer con ciertas aptitudes que nos acompañan desde un principio en nuestras vidas. Acaso hayamos intuido desde siempre cierta inclinación que relacionamos con la forma misma de nuestra existencia. Una cercanía a determinadas disciplinas, una facilidad en el cumplimiento de particulares tareas, una capacidad para la realización de esfuerzos que nos van conduciendo naturalmente hacia hallazgos y respuestas íntimamente personales…

Junto a nuestra vocación entender que nunca terminaremos de aprender, que somos eternos aprendices; principalmente aprendices de nosotros mismos, en pos de verdades que concluirán formando parte de nuestra naturaleza. “Tienes que confiar en algo: tu instinto, el destino, la vida, el karma, lo que sea. Esta forma de actuar … ha marcado la diferencia en mi vida.” Dice Steve Jobs a los graduandos de la universidad de Stanford, a quienes se dirige en un acto académico.

Confiar en sí mismo, seguir su inspiración, aprovechar cuanto pudiera convertirlo en eso que desea ser, vivir esa realidad que es la suya… A partir de cierto momento, y ya cursadas ciertas materias esenciales para su formación humana y profesional, el estudiante debería estar en capacidad de seleccionar, de acuerdo a sus intereses, a sus aptitudes, a su vocación -y, desde luego, contando con el correspondiente apoyo de profesores tutores capaces de guiarlo en su escogencia- esas materias que identifica con sus intereses, que siente más necesarias y útiles para sí mismo y para su contribución futura con la sociedad.

Recordaré aquí la conclusión aristotélica sobre el sentido de la existencia humana: los hombres hemos venido al mundo a tratar de ser felices, comenzando por hacer eso que nos gusta, eso capaz de llegar a convertirse en el logro que más amamos. Se trata, en fin, de identificar nuestra vocación – “esa única disposición del espíritu capaz de derrotar al amor, según palabras de García Márquez”- y sobre ella establecer la mayor de las conquistas personales: la de nuestra propia autonomía. Pienso que la universidad bien pudiera contribuir tempranamente a esa conquista colaborando con el joven estudiante en la tarea de apoyarlo en sus inquietudes, alimentando su individualidad, sus iniciativas personales y su creatividad.

La universidad debe evolucionar, transformarse, corregirse... Pero siempre a partir de lo que fuera su sentido primordial: la formación humana y profesional de sus estudiantes. El proceso educativo debe centrarse en ellos: en su vocación y en la manera como esa vocación los beneficiará tanto a ellos como a la sociedad en que van a desenvolverse. Los estudiantes son el significado mismo de la universidad. Son el futuro. Formarlos es construir ese futuro. Es crear un porvenir que será destino. Como dice Paulo Freire en uno de sus muchos trabajos sobre pedagogía: “La educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.